

El “poblar para usar” de la frontera norte

Salvador Rueda

Cecilia Sheridan, *Anónimos y desaterrados. La contienda por el “sitio que llaman de quauyla”, siglos XVI-XVIII*, México, CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, 2000, 389 pp., mapas.

El 15 de enero de 1850 llegó de Monclova a la ciudad de México una noticia que hoy nos parecería increíble. La redacción del diario *El Siglo XIX* difundió la nota con una mezcla de sorpresa e indignación. Sorpresa por la hazaña, indignación por el “resabio” de un mundo arcaico e inútil, personificado por los indios bárbaros, hombres que “por naturaleza se resisten a la civilización”. La nota decía que en la sierra existía un campamento invernal de lipanes, mescaleros, jileños y comanches reunidos, según informó un niño que pudo escapar de sus secuestradores indios y atravesar las montañas en medio de la nieve. Cerca de ahí, en Santa Rosa, setenta y cinco vecinos, junto con cincuenta y tres soldados de las colonias militares de San Vicente y Monclova Viejo, atacaron a una partida de ciento cuarenta y cinco indios, dando muerte a treinta. La noticia se sumaba a las muchas que daban fe de las rudezas de la vida en

las inmensidades norteñas. De paso, hablaba de pueblos que vivían aterrados por la hostil persistencia de hombres que no aceptaban las bondades supuestas del sedentarismo. El territorio del norte acababa de dibujar sus fronteras modernas, internacionales. No sin sangre, por supuesto. Pero las incursiones indias en busca de caballos y de cautivos jóvenes manifestaba un dolor particular, el de una guerra antigua. Quizá entonces ya nadie recordaba sus orígenes; tan sólo se sabía que era muy vieja; tanto, que practicarla se había vuelto una costumbre.

De esos orígenes y de su movimiento histórico trata este libro de Cecilia Sheridan. Acuciosa investigación, ofrece a sus lectores el intrincado panorama de una lucha territorial de los siglos XVI al XVIII, cuyo desenlace demoró cuatro siglos.

De entrada, exhibe a los protagonistas de esta compleja historia. El primero es el libro mismo, síntesis e interpretación de millares de documentos leídos en una docena de archivos. La ubicación de los repositorios revela la geografía histórica del proceso colonizador y la centralización de su memoria escrita, construida segmentadamente. Se trata de una geografía que trazó sus caminos desde Querétaro y Guadalajara

con rumbo al abanico del noreste, en dirección hacia la inmensa “tierra adentro”. El siguiente actor es el mundo, con horizontes desconocidos que se fijaron con lentitud. Mundo de naturaleza avara, de calidad desértica. Los otros personajes aparecen en el relato más claramente diferenciados. De ellos, y hasta hace relativamente poco, sólo los españoles y novohispanos tenían rostros más o menos bien perfilados en el tiempo: primero los expedicionarios españoles y los aliados indios tlaxcaltecas; luego los buscadores de metales preciosos, los hombres de religión, los colonos armados, las milicias; finalmente, los rancheros, los trabajadores de las haciendas, los buhoneros, los que se atrevían a estirar los caminos más hacia el norte para establecer cabezas de poblamiento contra los enemigos civilizados de las colonias inglesas y francesas, igualmente ambiciosos de tierras y de prestigios. Menos claros han sido los rostros de los otros protagonistas, los pobladores originales de esas vastas y hostiles inmensidades territoriales, grupos humanos todo el tiempo presentes, pero de cuyas figuras se saben tan sólo aquellos fragmentos que vieron e imaginaron sus contrapartes.

De sus costumbres, de sus formas de apropiación y la adaptación a tan ruda naturaleza como la suya, de sus reglas sociales, de sus costumbres y prácticas cotidianas, poseedores de historias propias aunque sin documentación escrita, en fin, se habla en este libro. Con una condición explícita: estos particulares perfiles aparecen en la circunstancia de una guerra cuya persistencia oscureció su supuesta característica enrarecedora de las relaciones humanas. De hecho, Cecilia Sheridan apunta a la construcción paulatina de una mentalidad marcada por la guerra sin fin, de una conducta que se heredó a la generación revolucionaria de comienzos del siglo XX, cuando la larga guerra contra los indios bravos era ya legendaria.

El miedo secular a las correrías indias y el apercebimiento a la defensa inmediata se desdobló en un estereotipo moderno, en una suerte de forja del carácter regional: el valor para enfrentar todo tipo de contingencia, cierto gusto por los retos a la vida y la inclinación emprendedora se convirtieron en el contrapunto positivo de viejos temores reales y de dramas familiares que se multiplicaron, año con año, desde el siglo XVI hasta el segundo tercio del XIX. Sheridan ubica críticamente el punto inicial de ese estereotipo y, prudentemente aunque sin complacencias, no se interesa por pelear con él. Su objetivo es buscar el sentido histórico del proceso general de la región, interrogar con insistencia los hechos que relata, inquirir por vertientes que otros estudiosos hicieron a un lado y buscar las formas como esos hechos se relacionan entre sí.

A contracorriente de explicaciones ya esclerotizadas, explica en las primeras cien páginas que el norte que enfrentaron los colonos europeos y novohispanos no era un territorio indefinido, habitado magra-

mente por incomprensibles tribus, sujetos de pura historia natural, caminantes de aguajes exiguos y entrecados en sobrevivir penosamente. Habla de las dificultades para vivir en esos ambientes extremos, igualmente rudos para nómadas que para agricultores y ganaderos.

Mundo de temperamentos extremos. No siempre fue así. Pero es imposible la memoria real del cambio de climas que afectó a esta latitud continental. A despecho de su objetivo historiográfico concreto, Sheridan propone una historia natural, que comienza con un paisaje coahuilense que hoy nos parecería extraño, inimaginable, más generoso de aguas corrientes, de plantas y de animales. Una evolución prehistórica de sequías trastocó la feracidad en aridez a partir del cuarto o quinto milenio antes de nuestra era. Entonces se definió el destino humano, que desembocó en las historias paralelas entrelazadas desde el siglo XVI. El relato se dirige a explicar la fabulosa longevidad de los desiertos norteños, cuyo secreto puede radicar —como el mar Mediterráneo de Braudel— en su pobreza biológica. La precariedad de la vida, paradójicamente, fue motor de adaptaciones culturales cuya persistencia de miles de años probó su eficacia.

Sheridan mira hacia las dos maneras de vivir un ecosistema, de su conversión en hábitat humano. Por un lado, con el control de una naturaleza cada vez más seca, a través de la transmisión de conocimientos que se adivinan antiquísimos —corazón de las culturas nómadas—; y por el otro, con las aceleradas transformaciones del medio a partir del siglo XVI y su costo ecológico luego de la introducción del ganado y de las tecnologías para el aprovechamiento del agua. Dicho costo se inscribe en el largo tiempo de los ciclos civilizatorios, costo que afectó la so-

brevivencia de los nómadas al desplazar a la fauna original y orillarla a la extinción. En el centro del choque cultural, insiste, está la concepción de territorialidad de los dos grupos humanos claramente diferenciados.

Sheridan ensaya la explicación de dos procesos históricos muy distintos que confluyen y se enlazan conflictivamente: el de los indios nativos, migrantes estacionarios, con territorialidades definidas en la práctica de su propia cultura, y la de los novohispanos y españoles que poco a poco los empujaron hacia los límites de la geografía y del exterminio de los grupos humanos. A lo largo de cuatro siglos, escribió Sheridan, el contacto de las formas sociales extrañas “hicieron de la conquista del noreste un largo y complejo proceso caracterizado por una confluencia de rupturas”. No deja de lado la paradoja que entraña dicha confluencia y que a su vez explica su largueza centenaria: el “bárbaro” se impregna de elementos y tecnologías de la civilización enemiga, los adopta y los vuelve en contra de los mismos “civilizados”, logrando triunfos siempre de corto alcance. En este caso, como muchos otros de la historia del mundo, el resultado no fue la absorción sino el exterminio. Abundan, sin embargo, los ejemplos, contrastantes, del trato a los cautivos de uno y otro lado: la esclavitud india y la obligación a ser sedentario en unos, y la indianización, la absorción, la aculturación de los niños y mujeres prisioneros de los guerreros nómadas.

Es la historia de “los numerosos contra los débiles”, de las relaciones casi nunca pacíficas entre los “civilizados” y los “bárbaros”, como escribió Braudel. De uno de sus siempre dramáticos episodios trata este inquietante libro, del “proceso de transformación de la territorialidad nómada del noreste en una territo-

rialidad española, a partir del análisis de la ocupación y formación de una provincia colonial: Coahuila o Nueva Extremadura". Aquí los débiles eran numerosos en sus nomenclaturas, según se desprende de los muchos nombres que se les atribuyeron. Precisiones que comportan imprecisión: tantas denominaciones son prueba de desconocimiento. Así, desfilan apaches y comanches, sisimbles, salineros, lipanes, cabezas, venados, acoclame, cocoyome, conchos, tobosos, gavilanes, chisos, boboles, gicocoges yoricas, entre otros muchos, cientos según Sheridan, comedores de arbustos, raíces, plantas fibrosas, animales pequeños, bisontes, berrendos y venados, vestidos de pieles y gustosos de pinturas corporales, fabricantes de canastas, flechas y hachas de mano, cazadores y comerciantes primarios, todos deseosos de caballos y armas para cazar y guerrear. Ninguno, por supuesto, de convertirse en sedentario agricultor, respetuoso de religiosos cristianos ni de gobiernos, esto es, de volverse "civilizados". Historia fiel a su lógica universal, con el desconocimiento y la descalificación camina la violencia como ejercicio cotidiano, explicado aquí bajo el esquema de guerra-pacificación-extermio, esquema que es simple sólo en su enunciado.

Sheridan organiza su libro de manera ortodoxa. Comienza con los balances de una historiografía más bien escasa, pero cuya influencia ha permeado por generaciones la imagen del norte árido y habitado por belicosos y elementales indios. No deja de lado, en este sentido, al eficaz François Chevalier y sus estudios sobre la creación de grandes latifundios y del poder político de sus dueños. Con perspectiva distinta, no menos largo fue el éxito de Harris y sus hipótesis alrededor de la gigantesca propiedad de los herma-

nos Sánchez Navarro. Historiografía hoy insuficiente, pues los habitantes originales son vistos como un mero accidente, como si fuesen parte de las rudezas de la naturaleza. Sheridan ubica críticamente su propio trabajo marcando distancia:

En general —escribe—, esta línea historiográfica sustenta sus argumentos en la idea de que la ocupación española, que dio origen a la formación de la provincia de Coahuila en el periodo colonial, se explica únicamente a través del modelo de propiedad y explotación de los recursos representados por el latifundio noroeste. Así, más allá del marquesado de Aguayo y del latifundio de los hermanos Sánchez Navarro, en el noreste colonial todo parecería desierto.

Tal vez, habría que agregar, esa era la imagen que se deseaba dibujar por estar grabada a fuego en la mentalidad de historiadores y lectores: la de los desiertos como extensiones deshabitadas. Y ello no por insuficiencia de la mirada sino por la profunda raigambre de un mito occidental que ha explicado al mundo físico: nada hay de simple contingencia en que detrás de la letra se vislumbra el mito del desierto como espacio peligroso, poblado por alimañas que hacen imposible la vida sosegada, lugar de hombres irredentos e indóciles. Es el desierto como vacío de civilización, no como el vacío puro, fantasía de la antigüedad clásica, portento creado por la mirada del basilisco, su único habitante. Esta imagen de seres inciviles ha sido, por siglos, el espejo de la identidad cristiana, la bizarra geografía del "otro", como ampliamente explicó Roger Bartra. No en balde, hacia finales del siglo XVII también se hablaba del "desierto de la lacandonia", selva que cobijaba a los indios

tzeltales, una suerte de "salvajes", rebeldes milenaristas. La fuerza de esa idea vertebral que remonta a la Edad Media no pasó inadvertida a Sheridan, quien apuntó que la

visión del norte colonial "casi vacío, apenas recorrido por pequeñas bandas de chichimecas nómadas y guerreros", que favoreció el desarrollo de la gran propiedad debido a la ausencia de pueblos sedentarios que reclamaran sus derechos sobre las tierras ocupadas, nutrió buena parte de las interpretaciones y análisis históricos relativos a cuestiones agrarias y de poblamiento del noreste, contribuyendo a la creación del mito —el latifundista poderoso.

La brecha que separa este trabajo de otra línea historiográfica es más amplia. La postura de Sheridan se deslinda de los relatos épicos y de la elemental concepción de un pasado cargado de héroes indios y colonos, de la aventura misionera y las apogías evangelizadoras y militares, ejemplificada aquí por los textos de Vito Alessio Robles.

Con toda intención, la distancia buscada por la autora le da sitio a su libro: se inscribe en la "ruptura del silencio" de una historiografía abrumada por la estatura intelectual de Chevalier y de Alessio Robles. Y lo hace no sin pudor:

Es importante subrayar —dice Sheridan—, que este silencio historiográfico sobre el noreste empieza a vencerse gracias a los trabajos realizados o editados regionalmente en las dos últimas décadas. En ellos encontramos a esos "pequeños pobladores" silenciados por Chevalier; es factible también hacer un seguimiento de la trayectoria de la colonización tlaxcalteca al interior de Coahuila, Nuevo León y

Texas; seguir los pasos misioneros y registrar características particulares de algunos grupos fuera de los tantas veces mencionados chichimeca, coahuilteca y huachichil.

Se está en un norte amplio y por ello desigual, con procesos semejantes sólo en su circunstancia bélica de largo aliento. Así, no menos audaz es la distancia de este libro frente a las historias del noroeste, asimismo más abundantes. Sus tópicos historiográficos son inadecuados a la realidad del noreste, y el simple uso de patrones interpretativos, válidos para la geografía vecina al Océano Pacífico, son insuficientes tanto en la explicación del proceso general de apropiación territorial de Coahuila, Nuevo León y Texas, como por supuesto de los relatos de microhistorias y egohistorias a duras penas apartados de la casuística.

El aparataje conceptual y crítico de Sheridan deja pocas lagunas. Hace explícitas sus dudas, pregunta, relaciona. Toca, por ejemplo, el significado de la palabra "frontera", durante toda la colonia entendida como sinónimo de confín civilizatorio cristiano, con su bagaje jurídico y religioso, extremo señalado por la guerra contra el infiel y, en este trabajo, como marca de las distintas fases de un proceso continuo y violento que trastocó territorialidades y ejercicios del poder. No siempre los mismos, pero siempre la misma meta: ganar mundo, "poblar para usar", como bien entendió Sheridan.

Tanto la frontera enemiga como la de infidelidad y la secular, se van construyendo como resultado de un intento exhaustivo por dominar el espacio en un entramado de alianzas y enemistades. Estas fronteras se expanden y se contraen, se entrecruzan y se

separan, se mueven como respuesta a la necesidad de imponer un nuevo orden por lo que coexisten en el tiempo. De hecho, la frontera como idea de un espacio por alcanzar y mantener, no como un límite político impuesto, perdura a lo largo del periodo colonial.

Al mediar el siglo XIX, lo sabemos, se constituyó la frontera internacional, terrible y definitiva, que hizo de los indios nómadas un mundo encimado, un palimpsesto destinado a la destrucción.

Expulsar, empujar al desierto, corregir destinos, reducir gentiles. A lo largo de ocho capítulos, Sheridan reconoce cuatro momentos históricamente bien diferenciados: el primero, durante el siglo XVI y hasta el último tercio del siglo XVII, en el contexto del medieval marco jurídico de la "guerra justa" que tanto fatigó a Las Casas. Luego, hasta el primer tercio del siglo XVIII, cuando se intentó la conquista "pacífica". Los expedicionarios fueron sustituidos por frailes, quienes obligaban al alma ganada a estrechar sus horizontes vitales del nomadismo a la sujeción territorial, sedentaria. Pero, escribe Sheridan, la "reducción del indio implica una relocalización espacial de la infidelidad, acotar el espacio abierto a un espacio cerrado". Los frailes fueron a su vez sustituidos. El tercer momento corre entre 1730 y 1750, parejo a la secularización borbónica.

La riqueza generada por los indios congregados permitió a la misión establecer un sistema de producción autosuficiente y un productor de excedentes. Protegidos por la presencia militar establecida en los presidios, los asentamientos misionales empezarían a atraer pobladores no indígenas, transformando la fron-

tera religiosa en un espacio habitable para los nuevos colonizadores.

Por último, hasta 1790, cuando las reformas al sistema de presidios restablecieron la guerra ofensiva contra los indios, se afirmaron los poblamientos civiles novohispanos y se definieron los "espacios productivos de la provincia". Casi un siglo después, la historia de la guerra contra los indios tendría un desenlace que hoy nos parecería brutal, vergonzante.

Conquistar, poblar, apropiarse para usar, fundar poblaciones que serían marcas efímeras del confín del reino y de la "civilización" misma, explorar y manifestar calidades de terrenos para la agricultura, la trashumancia, la minería, fueron empresas que siguieron ritmos propios, que no fueron unilineales a lo largo de los siglos XVI al XVIII.

En el noreste, el proceso de conquista perduró a lo largo del periodo colonial y el modelo empleado para otras regiones de la Nueva España demostró, casi de inmediato, su escasa efectividad. Los nativos, de los que se conoce muy poco, fueron esclavos congregados pero, esencialmente, devastados en un largo periodo de resistencia que se alargó más de dos siglos.

No siempre del mismo modo. Se compartieron riesgos, explica Sheridan, en un par de capítulos que prometen al lector imaginar las apuestas vitales de generaciones de soldados, colonos, aventureros, frailes que asumieron su tarea con convicción milenarista y que esperaron el martirio con olor a santidad, codo a codo con otros religiosos más terrenales, tan escrupulosos administradores de almas como de ranchos y pequeñas haciendas.

Para entonces la suerte estaba echada. El mundo mostraría su último perfil colonial:

Los contrastes más agudos —dice Sheridan—, se localizan en los dos extremos de la provincia. En el norte, el asentamiento misionero de Río Grande como el último escalón de avance territorial franciscano exento del apoyo tlaxcalteca y, en esa medida, privilegiado en su autónoma actuación como reductor de indios nativos, y en el extremo sur, los asentamientos de Saltillo y Parras, primer escalón de avance territorial español, en el que los asentamientos tlaxcaltecas mediaron el poder de las misiones e influyeron en la forma de acometer y reducir a los indios nativos.

Finalmente, dedica un sorprendente capítulo a la extinción de los grupos nativos del noreste. Sheridan ofrece aquí un ensayo de interpretación luego de repasar las diferentes hipótesis que han fatigado la ciencia y la expiación. Toma partido, por supuesto. Nuevamente, acude al número en la historia, pero sin perder de vista la circunstancia de guerra. Hace un balance de los caídos. En un lado, el de los indios, cuyo resultado fue un verdadero ca-

taclismo, con su desaparición del horizonte histórico, físico —y luego de su silencio historiográfico, ahora roto. La guerra, la esclavitud, la violencia intertribal, las pérdidas de identidad de grupos que se aliaban a otros más poderosos para enfrentar a los soldados y colonos, las enfermedades y el trabajo forzado, todo ello sumado a lo largo de cuatro siglos, aproximan a la verdad.

Del otro lado, no menos arduo, es indudable el hecho de que el paisaje coahuileño de los dos últimos siglos tiene como telón de fondo la memoria de muchos dramas familiares tejidos de historias de raptos y muertes, de sufrimientos llevados penosamente con nombre y apellido, ajenos pero derivados de las prácticas políticas dominantes desde el siglo XVI hasta el último tercio del siglo XIX. Sus historias personales pronto se olvidaron. Fueron anécdotas, no hechos históricos.

De las dos caras del episodio final de esta historia dan cuenta las fotografías y papeles de los indios en las reservaciones, que dejan su impresión de tristeza. También está la recopilación de documentos testimoniales de la Comisión Pesquisadora de la Frontera Norte que guarda la Secretaría de Relaciones Exteriores, algunos de ellos publicados recientemente por el historiador Cuauh-

témoc Velasco. Estos testimonios de quienes fueran cautivos de los indios no esconden su dramatismo, aunque aporten informes preciosos sobre culturas desaparecidas, a pesar de su acartonado vocabulario judicial.

La guerra es un camaleón, afirmó Le Roy Ladurie. Cambia de formas y de escenarios, pero persiste como actitud mental. Hacia 1914, el ejército federal aplicó contra los “indios mexicanos rebeldes” las tácticas puestas de moda durante la guerra de los Boer en Sudáfrica, detrás del vocabulario descalificador de la guerra de castas, fantasma que atormentaba a los gobiernos nacionales desde 1846. Su último ensayo fue contra los campesinos seguidores de Emiliano Zapata. Sin embargo, entre 1916 y 1919, las tropas revolucionarias del noreste enfrentaron a esos mismos campesinos de manera diferente: detrás estaba la penosa experiencia de su guerra contra los indios bravos. Podemos conjeturar que miraban a los zapatistas como enemigos irreductibles, indios a final de cuentas. No pensarían que lo importante de la guerra es la posguerra —a diferencia de los revolucionarios del noroeste, acostumbrados también a negociar con los indios—. El camaleón se trasladó al sur. Fue también un ensayo final.

Los lienzos de Acaxochitlán

Ethelia Ruiz Medrano

Guy Stresser-Péan, *Los lienzos de Acaxochitlán (Hidalgo) y su importancia en la historia del poblamiento de la Sierra Norte de Puebla y zonas vecinas*, prólogo de Bernardo Gar-

cía Martínez, México, Gobierno del Estado de Hidalgo / Instituto Hidalguense de Educación Media y Superior / Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo / Centre

Français d'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1998, 276 páginas, dibujos, ilustraciones, fotografías.